

EL SIMBOLO DEL ESPEJO EN BORGES

Carmen Noemí Perilli

El espejo es un símbolo que, por sus múltiples posibilidades de sentido, tiene un gran valor en todo el ámbito de la cultura universal. Funcionan como espejo el agua, cualquier superficie bruñida, la mirada, el sueño, el pensamiento, el lenguaje, la literatura, el arte, etc.

En la superficie del cristal el objeto es nuevamente presentado por la imagen que la reflexión devuelve. El reflejo es un modelo de lo real, cuya inmaterialidad lo dota de una irrealidad constitutiva. El espejo es el símbolo por excelencia de la representación de la realidad. Esta representación es fiel sólo en apariencia pues ofrece una imagen idéntica pero invertida, mostrando una suerte de revés de la vida.

Tradicionalmente los espejos son símbolos del alma, de la sombra y del espíritu. Dice Frazer: "Así como muchos pueblos creen que el alma humana radica en la sombra, así otros (o los mismos) creen que reside en la imagen reflejada en el agua o en un espejo"⁽¹⁾. Otto Rank los relaciona con el doble pues también actúan como metáfora del desdoblamiento de la personalidad.⁽²⁾

Como todo símbolo, el espejo tiene un carácter ambivalente y encierra significaciones opuestas. Entre sus aspectos positivos está la autocontemplación que conduce al conocimiento de uno mismo y al encuentro con la verdadera identidad, sin subterfugios ni miedos. Pero existe la posibilidad de quedar fascinado por la imagen; entonces el espejo se convierte en la máscara que, ocultando nuestro auténtico ser, no nos deja vivir. Narciso enamorado de su reflejo en el agua, se deja atrapar por la muerte.

Jacques Lacan emplea el símbolo para denominar un estadio del desarrollo psíquico. La primera actitud del niño ante su

1.— *La rama dorada*, James Frazer, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pág. 223.

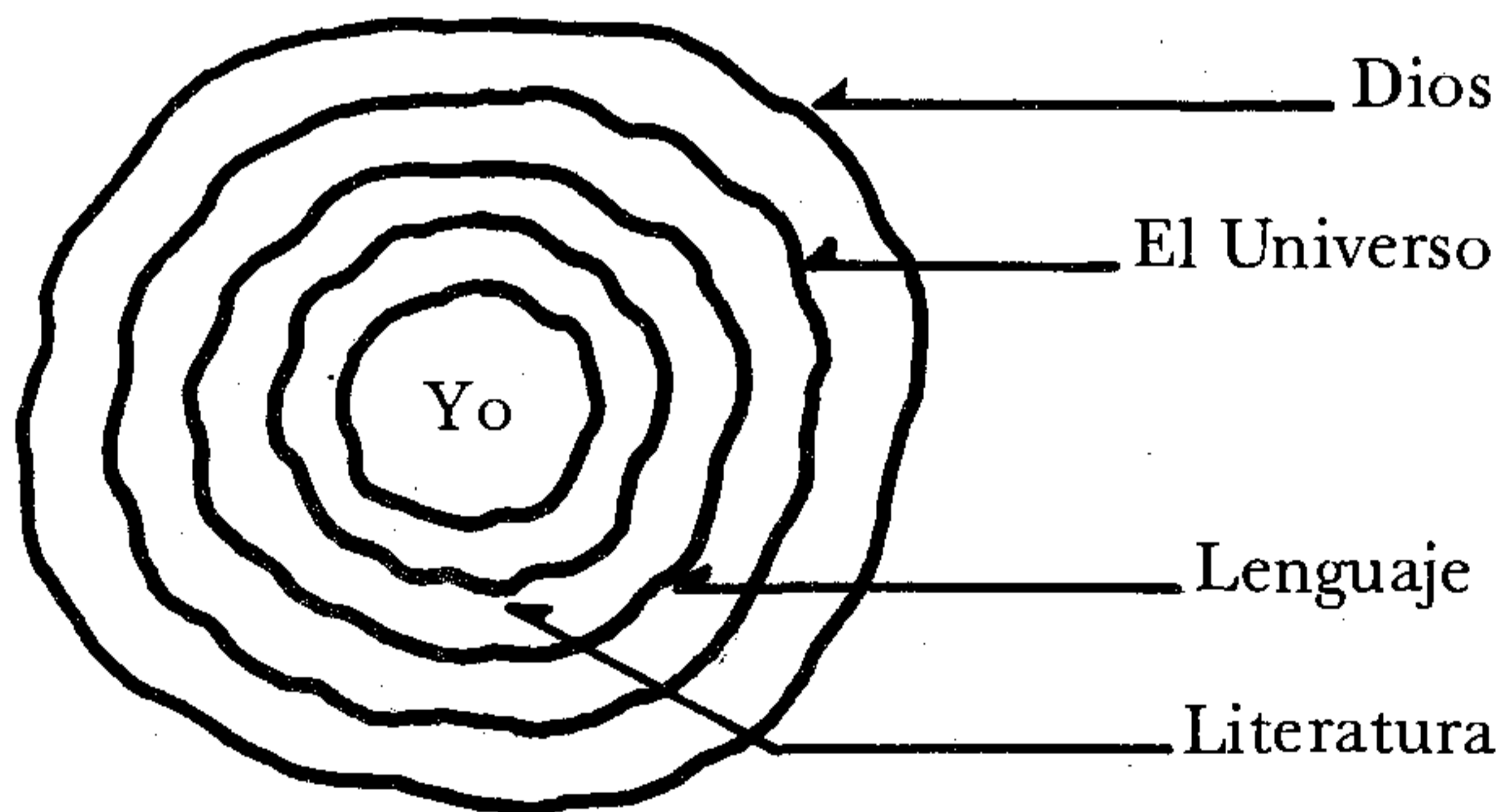
2.— *El doble*, Otto Rank, Orión, Bs. As, 1976.

imagen especular es de extrañeza. Pero ésta cede al júbilo del reconocimiento de sí. El espejo permite la constitución del yo pero si el sujeto se confunde con su reflejo no logra ingresar al orden simbólico y naufraga en lo imaginario. En el pesamiento de Lacan, lo inconciente es el reino de lo imaginario reprimido por el ingreso del sujeto en el orden simbólico de la cultura.

En síntesis, el símbolo del espejo remite a la certeza, aunque hecha de fugacidad y apariencia, de la posesión de nuestro propio ser, pero, por su ambigüedad, alude al mismo tiempo a la fascinación y al terror que experimentamos ante nuestras imágenes inconcientes.

Al recorrer la obra de Jorge Luis Borges encontramos que el símbolo del espejo es su modelo fundamental, tanto en el plano temático como en el plano estructural. Los juegos de versiones, inversiones y reversiones en este último plano han sido exhaustivamente analizados por Jaime Alazraki. (3) Este trabajo se propone, en cambio, mostrar la vigencia del símbolo en el plano temático.

Si partimos de los significados más abarcadores a los más íntimos podríamos diseñar una figura de la presencia del símbolo en forma de círculo.



El símbolo se desplaza desde el plano metafísico hasta el desgarrado interior del poeta, enriqueciéndose con sus ambivalentes significaciones.

Dios, el Espejo de los espejos

El cristianismo considera al mundo como producto de la Palabra de un Ser Supremo y al hombre como una criatura hecha a

3.— *Versiones, Inversiones, Reversiones-El espejo como modelo estructural del relato en los cuentos de Borges*, Jaime Alazraki, Campo Abierto, Gredos, Madrid, 1977.

su imagen y semejanza. Borges juega con la idea de que somos reflejos de la divinidad. En "El Acercamiento a Almotásim" expresa:

"La insaciable busca de un alma a través de los delicados reflejos que ésta ha dejado en otras: en el principio, el tenue rastro de una sonrisa o de una palabra; en el fin, esplendores diversos y crecientes de la razón, de la imaginación y del bien. A medida que los hombres interrogados han conocido más de cerca a Almotásim, su porción divina es mayor, pero se entiende que son meros espejos" (OC, 416).

Almotásim o la divinidad sólo puede ser fragmentariamente reconstruido siguiendo el rastro que ha dejado en los hombres. Dios es el Gran Espejo pero paralelamente se refleja en los hombres:

El es la luz, lo negro y lo amarillo.
Es y los ve. Desde incesantes ojos
Te miras y es los ojos que un reflejo
indagan y los ojos del espejo.
(OC, 898)

Para Borges, Dios es el espejo y la mirada. Representa al mismo tiempo el cristal y el azogue; la luz y la sombra. Sus ojos miran al espejo y desde el espejo. El Creador y su criatura aparecen como dos espejos enfrentados, indiscerniblemente confundidos.

Relacionada con la noción de Dios Espejo-Reflejo, está la de Dios Soñador-Sueño. Dios sueña a sus criaturas, al igual que el escritor; pero sus personajes son los que le justifican. Es el Gran Soñador Soñado.

Dentro de la relación de espejos enfrentados Creador-criatura, se incluyen Dios y el escritor en el primer polo; el hombre y el personaje en el segundo. Podríamos graficarlo así:

DIOS—————HOMBRE
ESCRITOR———PERSONAJE

Los polos de esta relación son intercambiables. El hacedor se confunde con sus ficciones. Dios hizo al hombre como su reflejo pero éste, a su vez, es el espejo donde se reconstruye su imagen:

Alguien construye a Dios en la penumbra.
Un hombre engendra a Dios
.....
.....El hechicero insiste y labra

A dios con geometría delicada;
 Desde su enfermedad, desde su nada,
 Sigue erigiendo a Dios con la palabra.

(LMH, 119)

Al mismo tiempo que el juego especular desrealiza, permite que los que participan en él accedan a su imagen en el otro. Por ello, el escritor implora: "Mi Dios, mi soñador, sigue soñándome" (HN, 52). El hombre puede morir si Dios deja de reflejarle y de reflejarse en él.

El Universo, un simulacro.

Borges juega con la idea del mundo terrestre concebido como reflejo de un mundo trascendente perfecto. Recoge la teoría platónica según la cual este universo sensible, imperfecto y temporal, es una mera copia de un mundo de esencias ideales acabadas y eternas.

En esta misma línea de pensamiento el autor se entusiasma con el gnosticismo. En el ensayo "Una vindicación del Falso Basílides", lo elogia en estos términos: "Admirable idea: mundo como un proceso esencialmente fútil, como un reflejo lateral y perdido de viejos episodios celestes" (OC, 215). La inferioridad de nuestro universo en tanto reflejo aparece reflejada en "Los espejos abominables", relato en el que Hakim concibe un inmutable dios que proyecta mundos en forma de sombras que se multiplican de manera degradada.

Pero, si por una parte, este mundo no es más que un reflejo irreal en el espejo celeste, también encontramos en Borges la relación inversa; la idea de que, a pesar de su mutabilidad en el tiempo, este "más acá" es, al fin y al cabo, lo más real y viviente, frente a lo cual el reino platónico de las ideas no es sino un espantoso museo de arquetipos muertos, y su eternidad una dimensión aberrante. Más aún: el universo material y con mayor razón todo el mundo trascendente podrían ser acaso la creación de la mente humana inmersa en el tiempo, toda vez que el poeta se inclina hacia el idealismo subjetivo de Berkeley y el voluntarismo de Schopenhauer.

En "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", un espejo y una enciclopedia le sugieren la creación de un planeta por parte de "una sociedad secreta de astrónomos, biólogos, ingenieros, metafísicos, poetas ... dirigidos por un oscuro hombre de genio" (OC, 434).

En definitiva, en relación con el mundo, encontramos un par ambiguo e intercambiable de espejos enfrentados semejan-

te al que ya detectamos a propósito de la divinidad. Si por un lado este mundo terrestre es el reflejo del mundo celeste, lo celestial es acaso una creación del hombre o posee un ser inferior al de éste. Para Borges, el hombre y su mundo son a la vez lo más real y lo más irreal.

Lenguaje y realidad o los espejos que se confunden

El universo simbólico de las palabras proporciona una imagen especular del universo de las cosas. El espejo discursivo del lenguaje es sucesivo, mientras que la realidad que se proyecta es simultánea. En "El Aleph", el personaje-narrador concluye:

"Por lo demás el problema central es irresoluble: la enumeración siquiera parcial de un conjunto infinito. En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es". (OC, 625).

La visión totalizadora que el aleph ofrece no puede ser transcrita en palabras. Las palabras sólo nos permiten conocer "por espejo, en oscuridad", según las palabras de San Pablo reiteradas por Borges en el "Espejo de los enigmas". Es imposible separar nuestro pensamiento del lenguaje, debemos jugar con los símbolos para poder conocer la realidad.

Esta imposibilidad de conocer la realidad sino a través de las palabras produce una especie de fusión entre los dos universos. Si bien es la realidad la que causa el lenguaje que le sirve de espejo, al mismo tiempo cabe la pregunta de si no se da la situación inversa. Si el mundo de las cosas que conocemos no es solamente la imagen que nos proporciona el lenguaje.

Nos encontramos con el juego de espejos enfrentados. La palabra cobra valor mágico; puede independizarse del objeto al ejercer un influjo abrumador desde su papel de espejo de lo real hasta reducirlo a la imagen que de él presenta.

Refiriéndose a la filosofía implícita en la obra de Borges, dice Jaime Rest: "Los hombres se hallan instalados simultáneamente en dos universos, que de algún modo son análogos y coextensivos, pero que al mismo tiempo se oponen entre sí tal como la imagen de un espejo se opone al objeto reflejado. Estamos insertos en uno de estos universos, del que formamos parte; el otro, en cambio, consiste en el sistema de símbolos que utilizamos para

interpretar al anterior. Por su naturaleza intrínseca, el primero es real, el segundo, ficticio".⁴

Al no poder separar lo real y lo ficticio, lenguaje y realidad puedan representarse como un juego de espejos enfrentados. Citando una carta de León Bloy, dice Borges: "Todo es símbolo, hasta el dolor más desgarrador" (OC, 720).

Sólo el hecho de convertir la realidad en lenguaje permite conocerla, pero también acaba por convertirla en un espejismo.

La literatura, espejo de la vida

Jorge Luis Borges retoma la idea clásica de que la literatura y el arte son un espejo de la vida. Dice Shakespeare, refiriéndose al arte dramático, que "su objeto, tanto en su origen como en los tiempos que corren, ha sido y es, por decirlo así, servir de espejo a la naturaleza"⁵. La concepción clásica del arte consideraba que la misión de éste era ofrecer una verdadera imagen de la vida.

Si bien los criterios acerca de la función de la palabra poética han sido múltiples y contradictorios en la historia de la literatura, lo que se plantea no es que ésta sea un espejo que reproduzca la naturaleza aparente del hombre y del mundo sino que, por el contrario, ofrezca una visión del ser esencial de éstos:

A veces en la tarde una cara
Nos mira desde el fondo de un espejo;
El arte debe ser como ese espejo
Que nos revela nuestra propia cara.

(OC, 843)

Extrañamente sólo a través de una imagen de ficción (la del espejo), se nos muestra al ser en su autenticidad.

La literatura puede ser espejo y también adoptar la forma de la máscara. En un relato de *El libro de arena*, titulado "El espejo y la máscara", el primer poema que el aeda recita al rey duplica la batalla, a través de las antiguas metáforas que la describen minuciosamente. El premio es el espejo de plata. La segunda oda es la batalla, y merece la máscara de oro. Sin embargo, La Palabra está más allá del espejo y de la máscara, está más allá de la litera-

4.— *El laberinto del universo-Borges y el pensamiento nominalista*, Jaime Rest, Ed. Librerías Fausto, Bs. As. 1976, pág. 102-103.—

5.— *Hamlet*, William Shakespeare, Austral, Bs, As. 1973, pág. 70.—

tura. La recompensa por encontrarla es la muerte. El poeta recibe una daga.

En el alba —dijo el poeta— me recordé diciendo unas palabras que al principio no comprendí. Esas palabras son un poema. Sentí que había cometido un pecado, quizá el que no perdona el Espíritu.

El que ahora compartimos los dos —el rey musitó— El de haber conocido la Belleza, que es un don vedado a los hombres.

(LA, 106-107)

La literatura puede ser espejo o máscara de la vida, pero cuando pretende ser la vida misma la impregna de irrealidad. La imagen esencial del espejo puede ser devastadora. Si la poesía como reflejo pretende ser indiscernible de su objeto, la vida, el poeta se extravía en el terrible laberinto de los espejos enfrentados. Este extravío puede significar la locura o la muerte.

El hombre y su doble

En la obra de Borges el espejo puede ser considerado un símbolo íntimo sin que por ello pierda su universalidad. El miedo a los espejos aparece en su vida antes que en su literatura. Al respecto tenemos múltiples testimonios, tanto del autor como de sus biógrafos.

Los espejos obsesionaron su niñez. En el dormitorio tenía un gran ropero con luna, en el que se reflejaba su propia imagen desde la cama. Quedarse solo a la hora de dormir, con el espejo, fue un suplicio cotidiano; aquel mundo que se apagaba con la luz, pero que quizá no desaparecía del todo, lo acechaba desde el ropero como una amenaza continua. Norah recuerda las noches de terror que padecieron aquellas dos criaturas impresionables e imaginativas, cuando las dejaban solas arriba, en los dormitorios. Georgie tenía miedo hasta del vago reflejo de su rostro en la lustrada cama de caoba.

Las pesadillas pobladas de espejos y laberintos le son familiares. Y el miedo a los espejos se acrecienta con la oscuridad de la ceguera:

Y acechas desde siempre. En la tersura
del agua incierta o del cristal que dura

Me buscas y es inútil estar ciego.
 El hecho de no verte y de saberte
 Te agrega horror, cosa de magia que osas
 Multiplicar la cifra de las cosas
 Que somos y que abarcan nuestra suerte.
 Cuando esté muerto, copiarás a otro
 y luego a otro, a otro, a otro, a otro.

(OC, 1.133)

Lo especular, de obsesión personal, evoluciona hasta convertirse en metáfora del interior del poeta, extendiendo su significado al ser humano, su génesis y su destino. Los espejos se asocian a la noción de multiplicación de los individuos y de los objetos. La paternidad y los espejos son abominables porque, si bien la duplicación implica la vida en la medida en que es nacimiento de formas, también encarna la irrealidad de la repetición que es la muerte.

La condición del ser humano, copia de sus progenitores, está, para Borges, imbricada con la idea de la vida como lenguaje y del hombre cifrado en el nombre. El individuo, al ingresar en la cadena simbólica, se constituye como tal, pero al mismo tiempo se pierde en el eco de los que le precedieron. Ser hijo es ser dueño de un sueño. Un fantasma como el mago de "Las ruinas circulares" engendra a otro fantasma, su criatura. Dos espejos-reflejos.

En cuanto símbolo constituyente del hombre, el espejo representa al Yo y su doble. El campo especular remite a lo inconciente:

Yo de niño temía que el espejo
 Me mostrara otra cara o una ciega
 Máscara impersonal que ocultaría
 Algo sin duda atroz ...

(HN, 107)

Detrás de la apariencia de un cuerpo se oculta una esencia terrible y fascinante a la vez. Un abismo aparentemente ajeno, lleno de cosas nuevas que nos produce el vértigo de lo desconocido. El poeta, refiriéndose a su madurez, dice:

Yo temo ahora que el espejo encierre
 El verdadero rostro de mi alma,
 Lastimada de sombras y de culpas
 El que Dios ve y acaso ven los hombres.

(HN, 107)

La máscara se ha transformado en rostro, el reflejo se ha convertido en lo verdadero; el encuentro con la imagen en un hallarse a sí mismo. Misteriosamente, el otro que aguarda en el espejo es el mismo que le arroja a la cara su condición ficticia. El arte puede ser ese espejo. En "Borges y el otro", el lenguaje ha erigido un doble hecho de palabras que ya no se diferencia de su modelo. Espejo y modelo se han confundido. Paradojalmente el reflejo le inmortaliza y le constituye en Borges, desrealizándolo hasta transformarlo en su propio personaje.

La fragmentación que el desdoblamiento implica angustia al poeta pues el espejo, al devolver la imagen, escinde al hombre:

Busco mi cara en el espejo; es otra.
Por eso lo rompí y me castigaron.

(OC, 1.084)

Los pedazos rotos del espejo lo enfrentan con la soledad de un ser pleno de fracturas que sólo se cerrarán en el momento en que los espejos enfrentados se anulen:

Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas incons-
(tantes
ese montón de espejos rotos.

(OC, 981)

El hombre está perdido en el laberinto de los espejos. Sólo la muerte, "esa virgen", posibilita el encuentro con el verdadero rostro; es el último espejo. El hombre abraza al otro y los opuestos se funden; Narciso Laprida y Juan Dahlman se quitan la máscara para morir.

En Borges está el sentimiento de que el hombre es un "ser para la muerte," la que se debe enfrentar con temor pero también con júbilo. La finitud es la característica esencial de lo humano, su verdad más profunda.

El autor avanza hacia el espejo que todavía se le oculta. Desea encontrar su verdadero rostro, el que la vejez ya le ha permitido atisbar. Entonces podrá destrozar el cristal, alcanzar la certidumbre de ser Borges en el infinitesimal instante en que deje de serlo.